

ACONCAGUA

Que el Aconcagua era una montaña fácil, eso, lo sabíamos antes de tomar el avión para Argentina. Sin embargo, teníamos conocimiento de que resultaba difícil llegar a la cumbre más alta de América.

No estaba, en absoluto, de acuerdo con alguien que antes de la salida me comentaba que la ruta normal del Aconcagua no era para verdaderos alpinistas. Esto, por principio y precisamente como alpinista, no lo podía admitir; cualquier montaña, por fácil que sea, siempre ha de tener «algo», en uno u otro orden como para no ser despreciada. Y aquello, no me cabía la menor duda, debía poseer su encanto.

Buscando información sobre la montaña que nos proponíamos subir, encontré algo curioso. Cuenta Ostrowski, en su libro «Más alto que los cóndores», como un día el prestigioso andinista argentino Ibáñez, salió del Refugio de Plaza de Mulas (4.080 metros) montado en una acémila, subió en su montura hasta el pie de la Canaleta (6.700 metros) y dejando la mula atada a una piedra, escaló la cumbre en un par de horas. Seguidamente, bajó a por su cabalgadura y al atardecer estaba de regreso en Plaza de Mulas. Más adelante, pude leer como en cierta ocasión, el formidable equipo francés que acababa de conquistar por primera vez el Fitz Roy, se propuso subir al Aconcagua antes de regresar a Francia. Iniciaron la subida acompañados por Ibáñez, que ya había estado varias veces en la cumbre, y a duras penas éste último con Terray llegaron a la cima. Cinco de los que formaban la élite del alpinismo de su país en aquel momento, se habían quedado extenuados en las fáciles pedreras que llevan a la cúspide. Estos dos hechos pueden dar una idea respecto a los problemas de esta montaña.

Dejando a un lado las innegables dotes alpinísticas de la mula que acompañó a Ibáñez, (supongo que difícilmente se repetirá el insólito hecho de ver una mula a 6.700 metros con jinete incluido) debió ser aquella una ocasión excepcional, sin nieve y de calma en la montaña y, por supuesto, Ibáñez estaba perfectamente aclimatado, ya que poco antes había subido por su propio pie a la cumbre. Tampoco hay que sorprenderse de que los franceses no llegasen arriba, ya que se trataba de un ataque rápido y no parece ser que tuviesen una aclimatación adecuada.



Aconcagua desde Cerro Navarro. Foto: A. Rosen

Hay ocasiones en que el hacer montaña nos lleva lejos de nuestra casa, de nuestro ambiente y ello implica el conocer nuevas tierras, gentes distintas. Esto da una dimensión más amplia al deporte del montañismo y aunque sea un poco tarde, uno puede sentirse un poco explorador, un tanto aventurero y descubridor. Algo de esto me animó también en el viaje a Argentina, al Aconcagua. Tierra alegre y sincera de pampas y gauchos.

MENDOZA, es una ciudad hermosa, simple en su arquitectura pero hecha con cariño e inteligencia. A pesar de tener medio millón de habitantes, apenas se nota. No existen las grandes concentraciones urbanas y, posiblemente, haya más extensión en jardines y arbolados que en edificios. La gente que vive en Mendoza, no sé como describirla, pero en cualquier caso es completamente diferente a la que uno está acostumbrado a tratar. Los conceptos de amabilidad, respeto y humanismo, cobran aquí todo su significado. Esto tuvimos ocasión de comprobarlo en los dos días que anduvimos atareados en conseguir el permiso para ir al Aconcagua, en comprar el equipo y los alimentos que faltaban.

Sin apenas insistir, la policía de Mendoza, que se encarga de los permisos y control de andinistas, nos facilitó toda clase de ayuda. Puso a nuestra disposición una camioneta para desplazarnos a Puente de Inca con todo nuestro material y nos facilitó las caballerías necesarias para



Aconcagua, vertiente Oeste. Foto: A. Rosen

llegar a Plaza de Mulas. Todo ello desinteresadamente, esto es, sin cobrarnos un céntimo por sus servicios. Además, aparte del baqueano Fuenzalida que se encargaría de las mulas, nos acompañarían unos días con intención de hacer la cumbre: Medina y Sanjurjo (del grupo de socorro andino) con los cuales haríamos una gran amistad.

Puente de Inca está a unos 170 kms. de Mendoza y situado a la entrada del Valle de los Horcones, que es el que hay que seguir para llegar al pie del Aconcagua. Existe en Puente de Inca (2.700 metros) un destacamento militar de Montaña, en donde hemos de someternos a una nueva revisión médica y de equipo antes de adentrarnos en la montaña. Como tenemos intención de estar allí una semana al objeto de empezar nuestro plan de aclimatación, aprovechamos la hospitalidad que nos brinda el Mayor del destacamento y nos alojamos en la residencia de oficiales.

El objeto de quedarnos en Puente de Inca era el de estar unos días haciendo montaña, rodeados de una serie de comodidades que enseguida podríamos echar en falta en Plaza de Mulas, base del Aconcagua. Sabíamos, por otros montañeros, que aquel lugar era desolador e inhóspito y se corría el peligro de desgastarse moralmente. Además, la aparente proximidad de la cima podría influir en que uno se lanzase a la montaña sin estar medianamente aclimatado.

En Puente de Inca, somos acogidos, una vez más con toda la ama-

bilidad del mundo y nos dan grandes facilidades para nuestro desenvolvimiento por aquellos lugares. Lo único que tenemos que respetar son las horas del toque de queda, o algo parecido. No se puede salir de noche del cuartel, pues por aquello de los «montoneros» se toman ciertas precauciones. A los pocos días, sale una compañía para combatir la guerrilla en Tucumán. Aparte de esto, la paz de aquellos lugares es casi celestial.

Muy de mañana, salimos casi todos los días para estirar las piernas por las interminables y agotadoras pedreras que nos llevan a las cumbres de cuatro montes fáciles en los alrededores de Puente de Inca. Estos son: Cerro Glaciar del Plomo 4.180 mts; Cerro Navarro 4.310 mts; Repetidor 4.250 mts. y Santa Elena 4.570 mts. Este último en territorio chileno al que nos aproximamos por el Puerto del Cristo Redentor (3.850 mts.), frontera de Argentina y Chile, uno de los pasos cruzado por el ejército del Libertador San Martín.

El 21 de enero, salimos de Puente de Inca hacia la Base del Aconcagua. Nos acompañan Fuensalida y un soldado del Ejército que se encargan de acarrear las mulas y caballos que llevan nuestra carga. Nosotros con una mochila ligera y con los cuatro montes que acabamos de subir, sobre las piernas, caminamos deprisa. A lo largo de la Quebrada de los Horcones (37 Kms. hasta Plaza de Mulas) se suceden los sitios de los que

Grupo expedicionario en Puente de Inca





Refugio Plaza de Mulas Alta (4.280 m.). Foto: A. Rosen

sin conocer, ya nos habíamos familiarizado con ellos por libros y revistas. Confluencia, Piedra Grande, Playa Ancha, lugares éstos testigos del paso de otros andinistas que, como nosotros, han cruzado aquellos parajes con la mirada y sus ilusiones puestas en esa fascinante montaña: Aconcagua. Su nombre proviene, casi con seguridad, del Quechua y significa Centinela de Piedra (Akon-kahuak). Posiblemente, los incas en su expansión por el Sur (Chile) se metiesen por esa especie de pasillo que queda entre el Pacífico y la cordillera andina y en muchos kilómetros de su andadura se les presentase la visión de esa gran montaña que destaca en su altura con respecto a las de su alrededor, pareciendo todas ellas planas e insignificantes y que, a pesar de rozar los siete mil metros, por el lado que mira a Chile, el Oeste, se encuentra casi desprovista de nieve, debido a los frecuentes vientos huracanados que azotan sus laderas. De ahí el nombre de Centinela de Piedra.

Hacemos de una sola vez el camino desde Puente de Inca y a media tarde llegamos al refugio de Plaza de Mulas Baja (4.080 mts.). Por suerte, no hay nadie en él y podemos disponerlo a nuestro antojo. El refugio es grande y está provisto de alguna comodidad (literas y cocina). Está oscureciendo cuando llegan nuestras mulas con los arrieros muy cansado; al atardecer, se han desprendido de los contrafuertes occidentales de la vieja montaña que se desmorona, numerosas avalanchas de piedras y barro, canalizándose por unos grandes surcos por los que precisamen-



Vivac en el filo Sur (5.300 m.). Foto: A. Rosen

te atraviesa el camino. Cerca del refugio hemos tenido que sacar a la mulita blanca, hundida con su carga en el barro hasta el cuello.

Seguidamente comenzamos los preparativos de la ascensión. Elías Rz. de Alegría y Juan Cortázar irán por la ruta Norte o normal; Lorente y yo intentaremos el filo Sur. Como todavía hemos de mejorar nuestra aclimatación antes de ir a la cumbre, aprovecharemos el tiempo preparando la ascensión. Ambos equipos nos imponemos la tarea de ir depositando comida y material lo más alto posible.

Mientras Elías y Juanito van dejando víveres en el Refugio Antártida-Argentina (5.300 mts.), Lorente y yo montamos un campamento en nuestra ruta a 5.300 metros, cerca del lugar conocido como primer vivac Ibáñez-Marmillod. Esta ruta que intentamos, sólo está hecha una vez en el año 1953 por dos suizos y dos argentinos, y aunque su proyecto era unir la dos cumbres del Aconcagua, debido al cansancio se conformaron con hacer la cima Sur. Nuestra idea era realizar por primera vez la travesía del Aconcagua. El trayecto en cuestión no parece ofrecer serias dificultades técnicas, si bien su longitud, altura y, en algunos lugares, lo incierto de la vía a escalar, hace que sea una ascensión problemática; de ahí que sólo se haya realizado una vez y hasta la cumbre Sur, que es la más baja de las dos que tiene el Aconcagua.

En un segundo viaje que hacemos al vivac Ibáñez, tenemos todo lo necesario para pasar una noche y seguir hacia arriba, al objeto de ex-

plorar la vía más adelante para un posterior intento definitivo. El atardecer es hermoso y la puesta de sol nos sorprende contemplando el bello paisaje que se divisa desde la plataforma donde tenemos instalada nuestra pequeña tienda. En el horizonte se adivina la línea recta y azul del Pacífico; a la derecha, entre sombras alargadas, aparecen como tallados en la tierra ocre profundos valles o quebradas hasta el pie de una bella montaña: el Mercedario.

Como para hacer la prueba del frío que podemos pasar, hemos ido sin saco de dormir. Resultado, no pegamos ojo. Para otra ocasión ya sabemos, sin ninguna duda, que hay que subir saco. A la mañana seguimos nuestro camino de exploración, queremos asegurarnos bien antes de lanzar el ataque final.

Hasta aquel punto no se puede decir que la ruta sea bonita. De Plaza de Mulas hasta nuestro primer vivac (1.250 mts. de desnivel) todo se reduce a caminar o avanzar, como se puede, a lo largo de una tediosa pedrera (allí le llaman acarreo). Por encima del vivac el camino es más interesante. En seguida tenemos que trepar un resalte rocoso cubierto de verglas y luego hacer unos grandes flanqueos entre neveros. Decidimos seguir hasta poder ver un gran canal de hielo que desemboca en la arista Sur, paso clave de la ascensión. Después de escalar un empinado corredor de piedra suelta y hielo, consideramos que el asunto está bastante claro y volvemos a Plaza de Mulas.

Llegando al Refugio Antártida Argentina





Refugios Berlín y Plantamura (5.950 m.). Foto: A Rosen

El día 30 de enero partimos todos para el intento definitivo. Con Elías y Juanito van Sanjurjo y Medina. Tienen toda la comida y combustible en Antártida-Argentina y se encuentran fuertes y con moral. Por otra parte, el tiempo hasta ahora ha sido magnífico y no parece haber razón para que cambie; está subiendo la Luna. Lorente y yo también tenemos todo lo imprescindible en el primer vivac para seguir la ascensión hasta la cumbre.

En la madrugada salimos los dos equipos por nuestras rutas respectivas hacia la cima; nos encontraremos allí con un poco de suerte dentro de tres días.

Bastante antes de llegar al emplazamiento de nuestro vivac, comienza a nevar con fuerza. Para cuando llegamos a nuestra pequeña tienda, ésta se encuentra casi enterrada. A medida que transcurre el tiempo y esperamos tomar una decisión, la nieve va cubriendo la montaña. Decidimos bajar. Pensamos que más valía subir por la ruta normal al Aconcagua que quedarnos sin hacer el filo Sur. Serían necesarios unos cuatro días de buen tiempo para que se fuese parte de mucha nieve que había caído y luego, contar con otros tres días de calma para subir. No disponíamos de tanto tiempo.

Nuestros compañeros también abandonaron su intento. Habían dormido en Antártida y al día siguiente quisieron llegar al Refugio Berlín por si el tiempo mejoraba. En medio de una gran ventisca (viento blanco), lle-

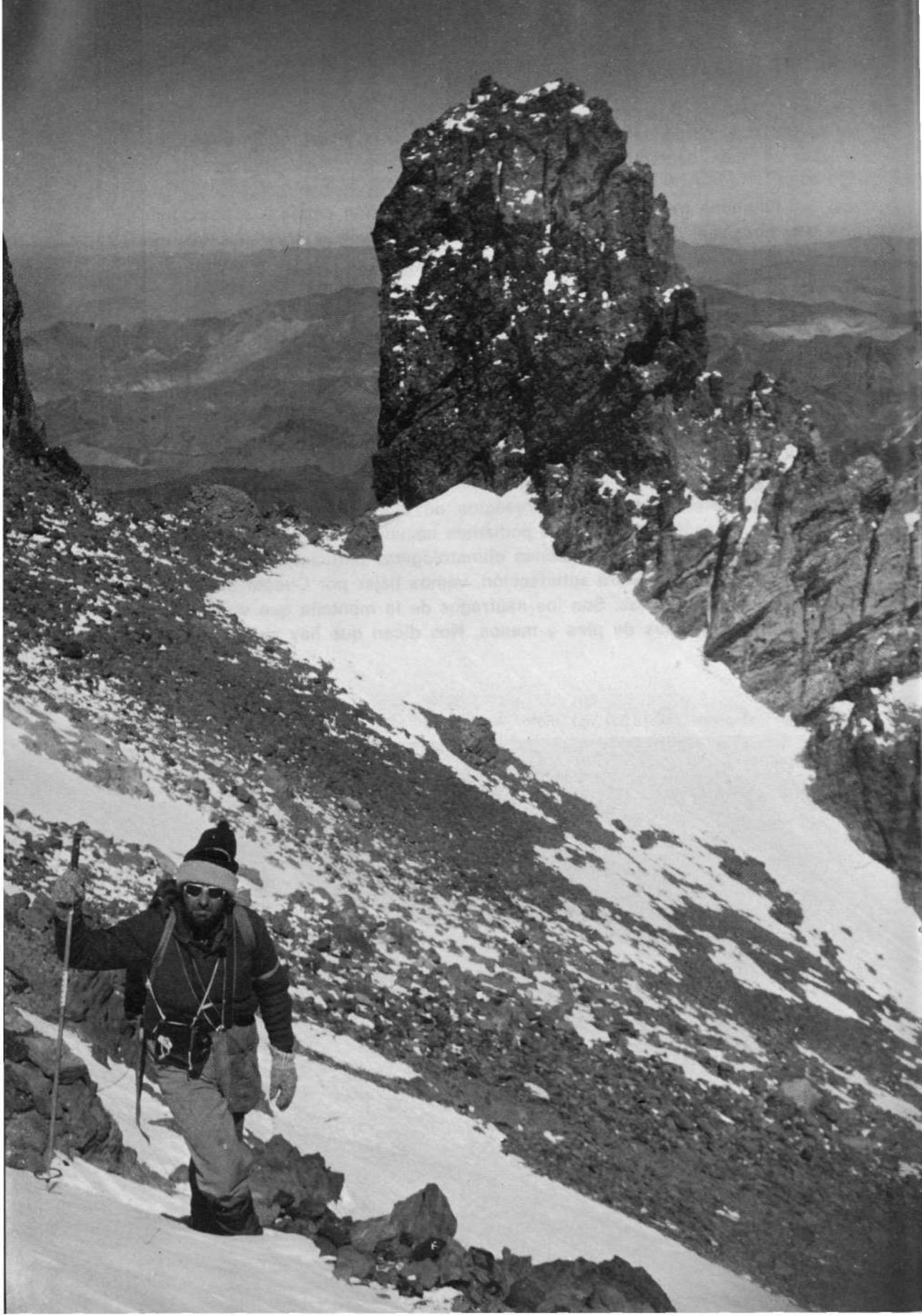
garon muy cerca del refugio. Antes de decidirse a dar media vuelta, dejan un buen depósito de comida en unas piedras características del camino.

Reunidos todos en Plaza de Mulas, la situación empieza a preocuparnos, nuestras vacaciones se van agotando y llevamos tres días sin movernos del refugio, el tiempo es francamente malo. Nuestros amigos Sanjurjo y Medina tienen que marcharse pues sus asuntos les reclaman en la ciudad. Medina antes de marcharse nos dice que si los encontramos muertos allí arriba, ¡no los toquemos! Se refería a un argentino, Colombero, y a dos americanos que llevaban más de una semana por encima del Refugio Berlín. El tiempo, en los días atrás, estaba siendo horroroso y las temperaturas arriba debían de ser bajísimas. Lo que nos preocupaba era que Colombero iba muy mal equipado y que los americanos eran andinistas muy entusiastas pero con muy poca idea de las cosas de las montañas. Para colmo de males, habían dejado sus sacos de dormir en el Refugio Antártida. Peores presagios no podían rondar nuestra cabeza; pero de todos modos, nada podíamos hacer por ellos.

3 de febrero, las condiciones climatológicas parecen mejorar y decidimos salir. Para nuestra satisfacción, vemos bajar por Cuesta Brava tres personas tambaleantes. Son los naufragos de la montaña que vienen ligeramente congelados de pies y manos. Nos dicen que hay mucha nieve y

Refugio Independencia (6.300 m.). Foto: A. Rosen





que ellos han llegado algo más alto que el Refugio Independencia (6.300 metros), impidiéndoles avanzar más el viento y el frío. Por este año, ya está bien —nos dice Colombero (62 años)— cogiendo una gran caja donde lleva escrito con letras de molde «14 Expedición Colombero al Aconcagua».

Nuevamente en camino. Esta vez vamos los cuatro juntos por la ruta normal. Vamos ligeros de peso, ya que Juanito y Elías han dejado comida y butano en abundancia en Antártida-Argentina y muy cerca del Refugio Berlín.

Tardamos unas seis horas en llegar a Antártida. Nuestro altímetro marca 200 metros más de la altura real del refugio, esto indica que el barómetro ha bajado mucho y que nuevamente tendremos mal tiempo. Efectivamente, a la tarde se ha levantado un fuerte viento y comienza a nevar.

Al referirme a los refugios del Aconcagua, uno debe desterrar la idea que tenga de lo que es un clásico refugio de montaña. Antártida, al que familiarmente llamamos «la Caja de Galletas», es eso, como una gran caja de galletas. Es un cubo perfecto de unos dos metros de lado (justamente caben cuatro personas tumbadas), fijado al suelo con tres tirantes de cable fino, y más que por los cables, está sujeto y soldado al suelo por un bloque de hielo de unos 30 cm. de grueso que ocupa todo el suelo del interior. Por la noche, la desvencijada «Caja de Galletas» canta como una rana bajo las ráfagas de viento, y la nieve penetra por todas las juntas y resquicios. Al amanecer, tenemos los sacos parcialmente cubierto de nieve y, por supuesto, no hemos dormido casi nada. Otra vez para abajo; frío, viento y nieve se han adueñado nuevamente de la montaña, y la vida en esas condiciones es dura. Seguir sería inútil y una idiotez. En Plaza de Mulas el panorama que se nos presenta no es muy esperanzador, casi hemos terminado nuestros días de vacaciones. Juanito y Elías, un tanto cansados psicológicamente de subir y bajar, hasta el aburrimento, deciden descender a Mendoza para arreglar nuestros billetes de vuelta. Lorente y yo intentaremos por última vez subir a la cumbre.

El Aconcagua, estéticamente, no es una bella montaña, sus polvorientos acarreos y su forma poco armónica no tienen ese atractivo físico que ofrecen otras grandes montañas de líneas más puras y vertiginosas con que sueñan la mayoría de los escaladores. El Aconcagua es más importante que atrayente, y también ese conjunto de circunstancias, como son la famosa puna, el viento blanco, la mucha gente que de una manera u otra ha dejado la vida en sus laderas y sus buenos 7.000 metros, envuelven a la montaña de un halo de mágico misterio. Motivos más que suficientes para que resulte un reto sugestivo a los alpinistas de todo el mundo.

A pesar de su aparente poca dificultad, aquello se nos estaba poniendo muy cuesta arriba. Nuestras vacaciones tocaban a su fin y no nos quedaba más que para hacer un último intento rápido. Dependíamos en esos

momentos, exclusivamente, de las condiciones climatológicas que hubiera en un par de días o tres.

El asunto estaba muy claro. El Aconcagua se había convertido en una cuestión de suerte, ya que nuestra aclimatación y demás circunstancias en torno a nuestros planes (las que dependían de nosotros) nos eran favorables.

El día 6 de febrero el alba se presentó lleno de buenos augurios. Llegar a Antártida-Argentina, donde en un principio pensábamos hacer noche, fue cosa sin historia. En base de la buena aclimatación que habíamos logrado a base de subir tantas veces, llegamos a la familiar «Caja de Galletas» sin mucho sufrimiento. Allí encontramos una expedición (habían pasado noche en el refugio) que empezaba a sucumbir. Tres de sus componentes, chilenos, estaban agotados y decidieron bajar; los otros, un danés, un neozelandés y un argentino quieren seguir. Nosotros, como aún era pronto, seguimos hasta el próximo refugio. En realidad son tres refugios, en estado lamentable: El Libertad que está roto e inutilizable, el Berlín y el Plantamura (5.950 mts.). Nos metemos en el Plantamura que es el que parece estar en mejores condiciones. Este refugio es para unas tres personas y es como una tienda de campaña canadiense en madera. A pesar de tener nieve dentro, es bastante confortable. Al rato, llegan los tres andinistas que quedan de la expedición internacional: vienen muy despacio y cansados: sin embargo, parece que quieren ir a la cumbre y nos plantean el subir con nosotros al día siguiente.

A las tres de la mañana empezamos, lentos y somnolientos, los preparativos y para las cuatro estamos en la calle. Nuestros compañeros ocasionales dicen que han dormido muy mal y tienen dolor de cabeza. Se quedan a descansar para intentar subir al día siguiente.

A la media hora de empezar a andar, nuestras linternas dejan de alumbrar, debido al intenso frío. Como en la noche no hay luna apenas se ve, y hemos de sentarnos bajo unas piedras esperando un par de horas hasta el amanecer. El frío nos hace mella y nos deja entumecidos; no obstante, estamos animados, pues todo parece indicar que tendremos un día espléndido. Nos ponemos en marcha y al poco tiempo de caminar llegamos a otro lugar característico de esta ruta, el Refugio Independencia o Perón (según se encuentre o no en Argentina el general, suele cambiar de nombre) 6.300 metros. Allí recibimos los primeros rayos de sol, tibios, reconfortantes y aprovechamos para comer algo al lado de este refugio destartalado, inservible, lleno de nieve.

Quiero hacer notar sobre la altura de los refugios el hecho de que se den cotas erróneas, tanto en este último como en el anterior. Dicen que tienen casi 400 metros más de altura que en la realidad, lo cual ocasiona muchas veces graves problemas de cálculo de fuerzas por parte de los montañeros que intentan el Aconcagua.

A partir de este punto la nieve cubre la ruta. Hemos de ponernos los crampones para subir hacia el «portezuelo de los vientos». De allí efectuamos una larga travesía, también por nieve dura, hasta el pie de la Canaleta, cosa que hacemos con mucha precaución, pues por escatimar peso no llevamos ni cuerda ni piolet.

Estamos muy cerca de la cumbre, sólo escalar la Canaleta final y habremos llegado.

De la Canaleta final del Aconcagua, de ese pedregal áspero e inestable, se cuentan cosas espeluznantes, alucinaciones del más diverso grado, agotamientos hasta la agonía y un largo etcétera de sensaciones de las más variadas. Sí es cierto que es en este sitio donde han tenido lugar gran parte de los accidentes mortales con que cuenta la montaña; para nosotros (que no experimentamos ningún delirio sobrenatural) fue únicamente la parte más dura y desagradable de la ascensión. Sin embargo, la proximidad de la cumbre y la certeza de llegar ella, cuando días atrás nos parecía tan problemática, nos infundía la serena euforia del que sabe que va a llegar a un fin agradable.

La cima del Aconcagua es grande y plana, tampoco es bonita. No obstante, es la cumbre más alta de América y pensé que era algo importante haber llegado allí. Una cruz metálica y un libro envuelto en un plástico, que se encuentra debajo de una piedra, atestiguan el paso del hombre. Es mediodía, y no tenemos prisa. Hojeamos el libro en el que están recogidos los nombres de los escaladores que han ascendido en las últimas temporadas, veinte exactamente.

Aunque creo que nunca había firmado en ningún monte, esta vez lo hacemos, ya que es como un rito un poco obligado y no queremos desairar a nuestros buenos amigos argentinos.

Al Oeste, nuestra mirada cruza sin obstáculos por encima de Chile hasta el Pacífico. De allí están ascendiendo pequeñas nubes blancas de



En la Canaleta final. Foto: A. Rosen

algodón, sabemos que en seguida se desencadenará la tormenta en el Aconcagua. Antes de transcurrir una hora de la llegada a la cumbre comienza a nevar. Primero suavemente, agradablemente; más tarde con violencia. Hay mucha niebla y tenemos la incertidumbre de bajar bien, de perdernos, lo cual podría acarrear nos desagradables consecuencias. A media tarde, llegamos al Refugio Berlín. La nieve caída nos llega a la rodilla.

Al amanecer, el tiempo sigue muy malo, nieva con violencia y la visibilidad es escasa. Los andinistas que quedaron en el refugio Berlín descansando, se encontraban muy mal y decidieron bajar con nosotros.

Diecisiete horas más tarde, en noche oscura, casi en la insconciencia del sueño, llegábamos a Puente de Inca. El Aconcagua se había quedado lejos, muy lejos... hacía tiempo.

A. V. Rosen
Febrero de 1976